



El árbol más solitario del mundo

Mariana Salomão Carrara

Traducido del portugués por
Regina López Muñoz

A este lado
de la cerca del jardín
estamos.
Al otro lado
el mundo.
Días enteros
azotaron contra la cerca
y vemos ahora sus pedazos
entre las setas podridas
por el suelo.
Pájaros vuelven del invierno
es tiempo de renaceres
y el jardín sobrevivió
al molino de las estaciones.
También nosotros
resucitamos
sobre las cenizas y las bombas y los cadáveres.
Ningún jardín
es inocente.
No se mezclan
las cosas y las palabras

intraducibles unas con otras:
de nada sirve poner un guijarro en el lugar
de un nombre que falta
ni adornar un verso
con una flor de azahar.
El hielo que un día destruyó el jardín
dejó intacto este poema.
Silenciosos
extraños
andamos bordeando
la cerca
sintiendo sobre los hombros
el peso nuevo del verano.
Usamos palabras antiguas
piedra hoja y noche.
Solo en ellas todavía
confiamos.

ANA MARTINS MARQUES, «Um jardim para Ingeborg»

Cuando en primavera germina, la partida está decidida. De ahí en adelante, el retoño está ligado a ese pedazo de tierra y debe aceptar las cosas tal como vienen.

PETER WOHLLEBEN, *La vida secreta de los árboles*

PRIMERA PARTE

1

Saben mucho de amor. Mejor sería que supieran menos, así acabarían de una vez conmigo. Y creen que de venenos saben mucho, pero no pueden saber más que yo.

Mis ramas gruesas inmensas se extienden por encima de la casa, mi sombra es la mejor de todo el terreno. En una de las más bajas me colgaron hace muchos años este columpio. A pesar de todo, también saben de infancias.

Un árbol no tiene otra cosa que hacer en todo el día que espiar a los humanos desde arriba. Es un ángulo un tanto sórdido, porque ellos consideran que el único que vigila desde arriba es Dios, si acaso.

Tal vez, de entre todas las identidades posibles, ser un árbol tenga alguna ventaja, porque desde arriba veo hasta la lejanía y por abajo veo a la familia cada vez que sus miembros descansan echados sobre mi tronco. Bajo la copa de un árbol se acostumbra amar mucho, aunque sea en forma de odio, como aman las dos hermanas. Es también bastante

habitual que vengan aquí a sufrir, con ese llanto mudo o rendido que lloran a veces.

Me refiero a que es raro que alguien se detenga aquí abajo en un estado de indiferencia. La pega es que solo a través de mi sombra puedo recibir los ánimos de alegría, desdicha o agotamiento. Por más que mis ramas se empuñen, ellas no poseen registro de un abrazo.

Todo el mundo conoce la importancia de los árboles para el ser humano, pero poco se habla de la importancia de las personas para nosotros. Y lo cierto es que quiero tanto a esta familia, deseo a tal extremo amparar sus porvenires y prosperidades, que preferiría ser en realidad un árbol genealógico. Una genealogía del futuro.

En esta tierra tenemos límites para la alegría y tenemos también los límites de los días: el tiempo del tabaco. Ahora toca empezar a trasplantar. Hay que tratar con cuidado cada retoño, las manitas como un cesto de amor, ellos saben de amor. Voy viéndolos a todos juntos, alejándose de mí cada vez más, en las líneas de la plantación, los niños fuera de mi sombra, con el sol en los ojitos, pero es agosto y aquí en el Sur es todavía un sol helado.

Lo ideal sería hacerlo sin tanto sol, con algunas nubes más, algo de lluvia, pero el tiempo del tabaco no siempre coincide con los demás tiempos. Después de todo lo que pasó los dos últimos años, efectivamente ha sido mejor esperar hasta ahora.

Otra ventaja de ser árbol es que me alimento de luz. Ellos no pueden vivir de luz ni siquiera después de un día entero debajo de este sol.

Yo les daría toda mi comida si pudiera.

Mi época preferida es la que precede a esta, las semillitas en los semilleros tapadas con una lona detrás de mí. Todos los días viene alguno a destaparlas un rato, luego las cubre de nuevo, son bebés que alguien espía en su cuna, están respirando, ¿ves? Mientras tanto, la familia va arando la parcela entera o preparan la cobertura vegetal. Este año han alquilado al buey de yunta de una finca vecina, me parece, para las zonas más llanas. O a lo mejor es que se lo han prestado, pero lo dudo: la buena labor de uno puede ser la miseria del otro a la hora de vender. Aunque todo es posible, ellos saben mucho de amor.

Cuando los animales me rondan, me acuerdo de que tendrían que arrancarme de aquí. Los cabritos se atiborran de mis frutos y después acaban revolcándose por el suelo, tengo miedo de que vomiten más de lo que tienen dentro y se den la vuelta como un calcetín. Cuando teníamos terneros, peor todavía.

Nadie sabe cuánto duele ser venenoso, la gente puede saber de muchos otros dolores, pero de este que es el mío, no.

Guerlinda podría llegar a hacerse una idea si, en vez de las lentejas cuyo vapor escapa por la chimenea directamente entre mis ramas, todos los días guisara algo putrefacto que enseguida se saliera de las entrañas de los niños a penosos

borbotones acompañados de llantos. Pero que fuera algo inevitable, un envenenamiento natural. Al día siguiente, más almuerzo, más vómitos. Puede que ni así me entendiera Guerlinda, pues suministrar un veneno no es lo mismo que producirlo y yo tengo en mi savia un código de maldad.

Ocurre entonces que se topan con los animales descompuestos entre mis raíces, se llaman por los nombres de siempre y se forma una zaranda con los nombres de siempre, y alguien sale de la casa con las inyecciones. Los niños saltan por encima de los charcos de trozos de estómagos para llegar a las orejas de la cabrita y acariciarlas con una canción de cuna.

Un rato después, los animales casi siempre vuelven a hacer vida normal, y yo con las hojas sonrojadas, marchito de una vergüenza enteriza que me estremece cada bulbo. Y aun así Carlos da dos palmadas suaves a mi corteza, como si fuese un viejo amigo que ha fallado de nuevo, una incontenencia virulenta que él pudiera perdonar todos los meses en virtud de un amor que nosotros dos no comprendemos.

Los animales, más adelante —ignoro el motivo, no entiendo por qué vuelven a mis toxinas—, levantan la vista, encantadores, y quizá con esa mirada me pregunten si esta vez sí, si voy a ahorrarles el mal trago, y mis gritos son en verdad unos vientos pérfidos entre mis hojas que hacen caer nuevas delicias venenosas.

Cuanto más crecen las personas, más miedo tienen de tropezar y caer de sus pequeñas alturas. Yo no, hace ya un tiempo que fantaseo con mi caída, he crecido tanto que he desarrollado vértigo. E imploro que me descuajen de

aquí, las raíces en el aire inocentes por fin, pero el amor, ellos saben mucho de amor, el amor tiene esas cosas, como mantener vivo al lado de la casa un árbol venenoso que solo quiere dejar de vivir.

2

Hoy Alice está de buenas, ha colmado todo el salón con sus piruetas de entusiasmo, se ha vestido para la faena y hasta ha dado de comer a su hermano. Ahora se mira en mi reflejo preguntándome, como siempre, si es guapa o solo lo justo. Lo justo para qué, a un espejo lusitano le basta una belleza sencilla, poco elaborada, en mis tiempos y en mi tierra las muchachas no se exhibían así ante mí, tenían otras preocupaciones, ¿no es cierto?

Me desestima y se vuelve hacia su padre, que sale del cuarto en uno de sus días malos, ha pasado la madrugada presa de sus angustiosos insomnios y le cuesta dar por iniciada la mañana. Hay días en los que Carlos está mejor y hay días en los que yo preferiría que ni siquiera pasara por delante de mí, para no estar obligado a reflejar semejante efigie.

Entra en casa Maria, inspirada por las clases de la escuela, la cara redonda enrojecida de frío,

—¡Papá! Hoy la profesora me ha puesto un diez y una estrella en ciencias, ¿te enseñó el control?

y el buen humor de Alice no se sostiene ante las inconveniencias de la más pequeña, ¿cómo va a querer ver su padre un control de ciencias?

—Tonta, ¿no ves que papá está cansado o qué?
y lo cierto es que Carlos se encuentra en uno de esos días en los que ha salido de la cama solo a medias; cada movimiento le cuesta un año de vida,

—Entonces te lo enseño a ti

—¡Quita, quita! Vas y se lo enseñas a las cabras
entonces a Carlos se le cae al suelo una cuchara, la cuchara pequeña con la que estaba sacando la hierba mate de la lata, se produce un discreto tintineo metálico, las dos miran, miran por instinto, no llega a ser un susto, pero Carlos no se recompone tan fácilmente, habría que agacharse para recoger la cuchara, su cuerpo hoy no soporta la envergadura de ese gesto, mira fijamente la cuchara con suma repugnancia y empieza a brotar de sus facciones un sollozo extraño que arranca vacilante y enseguida se revela entregado y convencido, sí, es eso, Carlos llorando delante de la cuchara caída,

—¡Papá! No es nada, ¿qué te pasa?

—Papá, papito, siéntate aquí

—Ya está, mira, aquí está la cuchara, ya la he cogido yo, ya está, ya está...

Maria se abraza a su cuello, Alice lo coge de la mano, besuquean a su padre como pueden, pero hoy él solo responde con más llanto,

—Papá, va a aparecer mamá de un momento a otro, como te vea así se va a asustar

—Ven aquí, ven a echarte otra vez, ya está, no es nada

—Solo es una cuchara, papá

Llevan al padre de vuelta al dormitorio, de donde hoy no tendría que haber salido, y mucho menos para coger

una cuchara y dejarla caer al suelo sin misericordia. Vuelven aturridas y algo hermanadas por el colapso paterno, se miran en mí como para asegurarse de que siguen siendo las mismas y salen a la plantación.

3

Las niñas vienen con Pedrinho donde los plantones de tabaco, los que quedan detrás de mí, aprovechando mi sombra. Es poco habitual que sea yo un árbol útil, de modo que conviene destacar cada alegría.

Según el reloj del tabaco ahora es la hora del trasplante, y yo pienso en una operación quirúrgica en la que los minúsculos plantones son levantados de una bandeja estéril y cuidadosamente insertados en un cuerpo húmedo abierto formando hoyos a una distancia exacta unos de otros. El trasplante acaba pareciendo un cementerio de miniaturas excavado por niños, como niños son los que colocan las plantas y echan la tierra por encima, acolchando el montículo. En realidad es un trasplante en el que la tierra es el cuerpo que recibe el órgano, por lo tanto un cementerio al revés, el cuerpo es el hoyo.

Pienso mucho en el asunto este de los hoyos y la muerte, ya no soy el mismo. Me quedé así a la vez que Carlos, que tampoco es el mismo de antes. Yo no padezco ese dolor pero, a juzgar por su cara, parece que ahora intentar estar contento duele.

Cuántos días idénticos a este. El ritual se mantiene tan preciso e invariable que hasta a un árbol le resulta complicado llevar la cuenta de los días. A lo mejor por eso escribo un diario. No escribo un diario, yo mismo soy en cierto modo un inmenso rollo de papel, un libro y yo estamos hechos de la misma pasta, mi pensamiento ya está escrito en el papel que soy. El registro de mis impresiones sobre lo que me pasa es tan natural como hacer nacer una hoja tierna. Por lo tanto, todo pensamiento de árbol es ya redacción, no hay árbol libre de los mandamientos de lo escrito.

Así queda también registro de una parte de la historia de esta familia, que es la única que tengo pero en cualquier caso sería mi preferida. En realidad aquí solo hay una parte muy pequeña de su historia porque, por desgracia, nunca van a meterme dentro de la casa. Otro inconveniente de ser árbol.

Alice sostiene de pie la pesada bandeja, Maria, que es casi dos cabezas más bajita, coge el plantón de tabaco y se lo pasa a Pedro, que casi no habla todavía, siempre con churretes de babas en la cara mezcladas con tierra o arena y soltando de vez en cuando alguna palabra suelta y mal vocalizada. Pedro tiene la altura ideal para la tarea y le gusta mucho ponerse en cucullas, por eso es él el encargado de meter cada planta en su agujero y acariciar luego la tierra con los dedos de uñas siempre negras.

Antes, para cavar a las distancias precisas, hacen un cálculo fraternal empleando brazos y piernas. Medio brazo de Alice es igual al brazo entero de Pedrinho, y a Maria, que se ha quedado sin proporciones, le corresponde la labor de